

Los triquis de Oaxaca

César Huerta Ríos

El grupo étnico triqui constituye una comunidad de pueblos que disponen en común de un mismo idioma, costumbres, religión y tradiciones culturales. Es una minoría nacional porque viven en comunidad compacta dentro de fronteras físicas y culturales delimitadas, poseen sus miembros conciencia de formar una comunidad de lengua, religión, costumbres y sicología, y conciencia del sector más avanzado del papel que ocupan en el devenir nacional.

Se encuentra bajo el dominio de la nacionalidad mayoritaria: la mexicana, en tales condiciones de desigualdad que la excluyen de las esferas de decisión económica y política en su propio territorio. Aunque al lado del apartado del gobierno moderno funciona el tradicional, sus funciones no son reconocidas por el Estado, y pueden afirmarse que tampoco le son conocidas.

Los maestros de primaria imparten la enseñanza en el idioma castellano soslayando el aprovechamiento del idioma materno y su intuición de las cosas de la naturaleza y la sociedad a través del mismo. Ello equivale a violentar la inteligencia del niño encajonándolo en una lógica que trata de responder al genio del idioma castellano y no, como debe ser, al genio del idioma nativo, a la lógica intuitiva con la que perciben el mundo desde el idioma materno. Se facilitaría con este último el aprendizaje adecuado del castellano y el consabido enriquecimiento cultural que ofrece el manejo de dos idiomas, de dos perspectivas con las cuales percibir el mundo y reaccionar sobre él.

La transmisión de la cultura nativa, función solamente de la familia en esta sociedad, se realiza en forma oral y sin sometimiento a planes, metodología y crítica, tal como cabría hacerlo bajo un programa del Estado. Por ello, la transmisión se hace privada, rudimentaria, anárquica y casi secreta. [...]



La región

El pueblo triqui ocupa una zona enclavada en la mixteca alta y baja del Estado de Oaxaca, en un vértice entre los distritos político-territoriales de Juxtlahuaca, Tlaxiaco y Putla. Las poblaciones de la región alta se asientan en la Sierra de Chicahuaxtla, una prolongación de la Sierra Madre del Sur hacia el territorio austral de Tlaxiaco (2 000 a 3 200 metros sobre el nivel del mar), y las poblaciones de la región baja, en las inmediaciones de las montañas de Putla y Juxtlahuaca (1 400 a 2 000 metros de altura). Ambas regiones se sitúan entre 17°, 10' a 15' de latitud norte y 97°, 45' a 50' de longitud oeste.

Existen dos centros principales: San Andrés Chicahuaxtla, en la región alta y San Juan Copala, en la región baja. El primero a 38 kilómetros de Tlaxiaco y con una altitud de 2 300 metros, se localiza sobre una de las estribaciones de la cordillera que parte del llano Nudo Mixteco y colinda al norte con el cerro de Itundujía y con el de Yacunino, al norte de Putla, con una altitud de 1 300 metros sobre el nivel del mar, descansa en una hondonada rodeada por diferentes montañas: hacia el oeste por el alto cerro de Yucucani, al sur por el de Chiniyuca y al norte por el cerro de Nundutizacó o Agua Fría (Martínez Gracida 1883). [...]

Medio físico y clima

El viaje hacia la región triqui se hace desde las ciudades oaxaqueñas de Tlaxiaco o Juxtlahuaca, siendo preferida la primera ruta por su carretera de asfalto. A través de los hombros de altas y escarpadas montañas autos de turismo, autobuses y camiones de carga desafían las profundas barrancas. Una hora después de la salida de Tlaxiaco se alcanza un punto en la ruta, donde se dibuja San Andrés Chicahuaxtla, que parece reposar sobre una multitud de blanquecinas nubes provenientes de la vasta hondonada de Putla. Extendidas muy abajo y formadas como consecuencias del encuentro de la humedad y cálida brisa del mar con el frío aire de montañas y sierras, comienza a subir



en la mañana por la extensa cañada en dirección a Chichahuaxtla, a la que envuelven hacia el mediodía, humedeciendo ligeramente sus tierras. [...]

En noviembre, a lo largo y ancho de la vasta cañada, soplan vientos helados que se cuegan día y noche a través de las rendijas en las paredes de maderos de las viviendas. El viento huracanado brama a la distancia y penetra en el poblado de San Andrés, estremeciendo con furia las barracas y haciendo desaparecer en las alturas manojos de paja de los techos. En esos días el cielo, con algunas nubes guarecidas en los bajos de la cañada, luce despejado y de azul intenso. Entonces la visibilidad alcanza hasta 30 o 40 kilómetros a la redonda, apreciándose nítidamente la profundidad del espacio. Pero en los meses de marzo y abril la neblina sobre los poblados es tan espesa que impide la visión a unas cuantas decenas de metros. [...]

El panorama es diferente en los Copala, cubiertos de extensos bosques. Sus poblados se sitúan en las estribaciones de las sierras y en lo alto de éstas las nubes acarician todo el año sus picos. Los vientos no llegan hasta sus poblados, ya que antes de alcanzar la región son abatidos por los macizos montañosos. [...]

Antecedentes históricos

Exponemos aquí algunas de las leyendas que nos fueron relatadas por personas maduras, reconocidas por su mejor dominio de los variados aspectos, de la cultura local y conocedores de leyendas sobre las “fundaciones de los pueblos triquis”. Transmitidas de generación en generación, se remontan a épocas anteriores a la conquista española.

No está de más indicar que los exponentes de los textos orales recogidos son miembros del grupo superior en jerarquía. Aunque las versiones de las leyendas de algunos ancianos del común son las mismas que las de los primeros, difieren por ser más reducidas y simples en formas y contenidos. Lo que también habla en favor de cierto



monopolio del saber tradicional por los “principales”. Se optó entonces por desechar las versiones de la gente del común y exponer sólo las de aquéllos.

La historia legendaria

Domingo González, de 53 años de edad, “principal”, relata:

Los triquis venían de Monte Albán. Un grupo de guerreros desobedeció al rey de esa ciudad mixteca y fueron castigados, expulsándolos de esos lugares. Emigraron al oeste fundando lo que se conoce hoy como Nochixtlán, para llegar después a otro lugar, donde fundaron Teposcolula y por último Tlaxiaco. Pero estas fundaciones eran abandonadas cada vez que otras tribus del mismo tronco mixteco las invadían. Continuaron camino rumbo hacia la parte baja de la costa oaxaqueña, Teponaxtla, y así llegaron hasta Amuzgos. Pero tuvieron que retroceder debido al cambio de clima y de alimentación y a los daños de los animales ponzoñosos y buscaron refugio en lugares más altos. Al emprender el camino y subir la cuesta sintieron molestias en el cuerpo, por lo que propusieron poner a ese lugar “Cuesta Brava”. Al salir de la cumbre se dispersaron.

Ciertas ruinas indican que esto fue cierto. En Río de Pájaro existen algunas; hay otras subterráneas en la ranchería de Yosonduchi.

Manuel Santiago García, de 65 años de edad, “principal”, cuenta:

Dicen que los triquis no podían estar en Tlaxiaco porque el cacique de allí no les permitía su permanencia, por lo que vinieron a este lugar, San Andrés Chicahuaxtla, y no les parecía bien porque estaba cerrado por montes vírgenes. Se fueron a un llano (no recordó el original nombre indígena), que fue llamado después Santa Cruz del Río y ahora Concepción Progreso. Allí levantaron un templo triqui.



Abundaban los zancudos, hormigas dañinas, culebras venenosas y pasto aguatoso y ponzoñoso. Nacían los niños y morían de calor y paludismo. Esto fue mucho antes de que llegaran los españoles. Pero seguían muriendo y optaron por venirse a vivir a este lugar de Chichahuaxtla. Había maderas aromáticas de pino, cedro, etc. Empezaron a planear la construcción del pueblo. Aquí vivieron muchos años y levantaron su iglesia, labrando vigas para el templo y para sus casas.

Años después enviaron de México un cacique¹ a que se hiciera cargo del pueblo. Hablaba el mexicano y conocía el mixteco, con ese cacique vinieron “jefes de tierra” con sus familias. El cacique muy pronto aprendió el triqui y se hizo respetar y querer por los pobladores de Chichahuaxtla y Copala.

Los restos que reposan en la capilla, en el camino a Santo Domingo del Estado, son los del cacique que hablaba el mexicano y el mixteco. Fue uno de los grandes jefes de los triquis y se le venera así.

La comprobación de que enviaron de México a un noble a gobernarlos en una época anterior a la conquista española, contribuiría a explicar la bilateralidad de la herencia en el grupo aristocrático, a la inversa de la unilinealidad de la misma en la gente del común, pues la introducción de aquellos miembros de la nobleza “mexicana” establecería la antinomia enunciada. Pero no parece haber pruebas de la veracidad de la leyenda. Es más probable que sean racionalizaciones del grupo noble para explicar la existencia de la bilateralidad en su interior.

Marcos Sandoval Santiago, de 54 años de edad “principal” y antiguo maestro de primaria en la localidad, expone:

Los que llegaron aquí –San Andrés Chichahuaxtla– vinieron por el rumbo de Tlaxiaco. Tuvieron problemas con los mixtecos y entonces se propusieron seguir

¹ Otra versión habla de “una cacica”.



viaje y al llegar a este lugar, llamado “de catorce palabras o tratados”, siguieron adelante y pasaron cuarenta veces por otro lugar, pero también les convino, aunque era muy poblado de árboles y follaje. Se fueron al lugar donde está actualmente San José Teponaxtla y allí se situaron, y ya estaban construyendo su templo cuando comenzaron a contraer el paludismo y eran picados por los zancudos y las víboras. Vieron que se morían muchos debido a estos males y optaron por venirse nuevamente a la montaña. Regresaron aquí y se quedaron por ser de clima frío, saludable y no palúdico.

[...]

Compra y venta de mercancías

En los días de mercado en Chichahuaxtla y Copala, ambos poblados acogen en su interior una población transitoria de tres a cuatro veces la cotidiana. La plaza donde transcurren las transacciones se convierte en el escenario de multitud de pequeñas y medianas ventas y, también, de algunos consumos allí mismo, siendo el ritmo de estos movimientos ni rápido ni lento.

En el mercado se forman tres filas a lo largo de la plaza, una en cada ala de la misma y otra en el centro, permitiendo el paso de los marchantes a los lados de la fila central y hacia el exterior de las filas en los extremos. La multitud se mueve con lentitud, tomando en sus manos los objetos en venta y examinándolos detenidamente.

A fin de ilustrar los pormenores de un día de mercado, tomamos de las notas de campo los relatos correspondientes a los dos tianguis principales.

En Chichahuaxtla, en el mes de marzo de 1970:

Cerca de las nueve de la mañana arriban al tianguis de Chichahuaxtla, procedente de Tlaxiaco, Putla, Teposcolula y Tamazulapan, camiones (seis) con mercadería



diversa. Grupos mixtecos de poblaciones vecinas y mujeres triquis de Santo Domingo del Estado y San Martín Itunyoso penetran por diversos rumbos a la plazoleta. Cerca de las once el número de personas en la plaza se aproxima a 600 ó 700 destacando los matices rojos de los huipiles. Las transacciones comerciales se hacen a media voz, sin gritos, excepto de uno a otro mestizo que pregona su mercancía.

Algunas mujeres ofrecen huipiles, cuya procedencia cabe suponer por el decorado: los de franjas rojas, anchas y tupidas sugieren su origen de San Andrés Chicahuaxtla; los de franjas azules perpendiculares, de Copala o San Martín Itunyoso.

Triquis y Mixtecos ofrecen en mescolanza sus variadas mercaderías. Los primeros proponen pieles de borrego y de venado, junto a gallinas, pollos, pavos y armadillos; apilan tortillas, papas, chayotes, frijoles, etc., al lado de servilletas tejidas, cal para nixtamal, higuera, ocote para alumbrar las viviendas y calentar las piedras del temazcal; los mixtecos proponen pescado seco y pimientos picantes, ollas de barro que alinean junto a pieles de chivo o carne salada.

Los mestizos ofrecen, en un abigarrado surtido, refrescos gaseosos, cartones de cerveza, cajas con sal, candados, linternas de mano, pilas para linternas, jabón, radios de transistores, limas y baratijas diversas. Más de 100 kilos de carne de res y de cerdo, que se agota más o menos rápidamente no obstante consumirla los indígenas una vez a la semana, carne salada, maíz desgranado, tomate, cebolla, etc., pan y confituras; algodón en numerosas formas, colores y calidad; pantalones, camisas y calzones de manta; una pluralidad de espejos de diferentes tamaños, cuadernos, juguetes infantiles, bolígrafos; cinturones, cordeles, suelas de hule para guaraches, etc., etc.

Cuento en las entradas de la población animales para su venta: 25 chivos, 20 cerdos, 12 carneros, 3 toros y 2 burros, que ofrecen los de Chicahuaxtla.



Observo a un mestizo que abre la boca de un lechón a la fuerza, asiéndole la lengua con la mano enrollada en un pañuelo y buscando los signos de la triquina. Si los percibe, reduce la oferta en forma sustancial, pero compra el animal para freírlo y vender su carne. La lengua limpia del lechón indica que está sano, pero el mestizo mencionando el término “picado”, aludiendo a aquella enfermedad, ofrece ahora 40 pesos. La dueña pide 80 pesos para bajar a 60. El mestizo por toda respuesta toma al animal y lo ata con un cordel por el cuello, llevándose y lanzando a los pies de la vendedora billetes que suman 45 pesos.

Algunos natulares acuden a los tianguis de las poblaciones mestizas cercanas a vender frutas, legumbres y también animales. Una decena de ellos ofrecen en Putla los domingos: gallinas, huevos, yerbas (pericón y manzanilla) y verduras (un camote medicinal para la tos), volviendo en la tarde con panelas, tenates, carne seca y salada, plátanos, mangos y aguacate (en marzo, abril y mayo); piña y caña de azúcar (en noviembre y diciembre), etc., que propondrán en Chichahuaxtla y Copala. Con la venta de estos productos adquiere objetos manufacturados como ropa, guaraches, zapatos, machetes, palas, municiones para escopetas, etc.

Veamos ahora la descripción de un día de mercado en Copala en el mes de abril:

A las nueve de la mañana ofrecen sus mercancías una decena de personas en el galerón de muros de ladrillos que hace las veces de mercado. Cerca de las diez pasan de cien las personas y a las once rebasan 400 los asistentes. Se proponen en una abigarra mescolanza, como es costumbre en el tianguis indígena, chayotes y sus tubérculos, frutas, plátanos en diversas variedades, caña de azúcar en haces pequeños, naranjas, aguacates, ocotes en rajadas, huevos, gallinas y pieles.

Tres camiones con 32, 40 y 60 costales de maíz respectivamente descargan sus granos, cuya venta se realiza con cierta rapidez. Cuando se agota este cereal como



ocurre actualmente, debido a la misma causa que en Chichahuaxtla, los mestizos surten semanalmente al mercado. Sin embargo, los que poseen tierras de regadío en los terrenos bajos tienen maíz para su provecho familiar y logran sustraer algo para su venta.

La institución de la mayordomía de San Juan Copala obtiene un papel económico-religioso importante. Los mayordomos radicados en esta población venden sal, tepache, aguardiente y cerveza y carne de res. Sacrifican tres meses en los días de fiesta y la llevan al tianguis a su venta; cuelgan porciones de carne del techo del galerón-mercado y depositan debajo copal sobre brasas, que humea y perfuma el ambiente. Los comerciantes mestizos y mixtecos ofrecen papas, tenates, puntas de arado; maíz, frijol, chile, tabaco en hojas, pescado seco que traen vendedoras negras de Jamiltepec en ocasiones de días festivos; velas y artículos de mercería. El mercado de esta localidad, a diferencia de Chichahuaxtla, es animado, escuchándose desde lejos el murmullo de las voces, pero el volumen de mercancías para la venta y los entrecruzamientos comerciales son menores que los del tianguis de Chichahuaxtla.

Una competencia encarnizada se debate entre los mestizos para adquirir los productos indígenas. Desde tempranas horas se les ve estacionados en los ejes de los caminos con el ánimo de ser los primeros en atajar a los mercaderes nativos. Varios naturales, poco duchos en los debates verbales en castellano, acaban por ceder en los regateos con el comprador; otros, conocedores de estas pugnas por experiencia propia en los mercados de las poblaciones mestizas, y sabedores de que pueden obtener mejores precios en el tianguis, se rehúsan a tratar comercialmente con éstos; otros rivalizan con ellos comercialmente.

Los naturales conceden las mercancías adquiridas a lomo de caballo, a diferencia de los mestizos que las llevan en camiones.



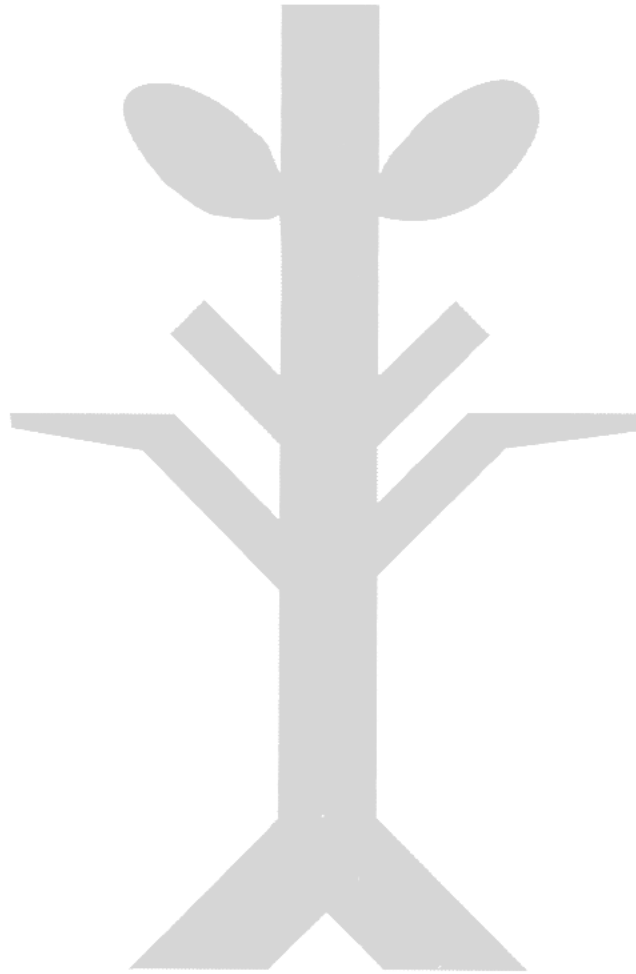
En la región baja el principal producto de exportación es el café, que es adquirido en la misma por agentes de monopolios regionales y por algunos comerciantes que trabajan por cuenta propia. Los triquis descascaran el café y lo venden a mejor precio como café “oro”. [...]

El precio en 1960 apenas alcanzaba a 25 pesos por arroba de café “oro”, en 1962 a 40, en 1966 a 70 y en 1970 a 100 pesos. [...] Los indígenas reciben el dinero por abonos en el curso del año, ya que aquéllos hacen préstamos sobre las cosechas futuras. Los monopolios regionales realizan las transacciones a través de agentes con ayuda de ciertas autoridades de cada ranchería, como mayordomos y regidores. Otros compran el café por adelantado, pagando en efectivo o con reses, que los nativos sacrifican en ocasiones de sus fiestas. “Es posible que algunos compradores paguen también una parte con armamento y parque” (J. Montes 1962:35).

El poblado de Copala en los días de su principal “tianguis”: la feria, aloja una población de 4000 personas aproximadamente, esto es, más de 20 veces su población en los días normales. La muchedumbre llena las callejas del poblado, colmadas de improvisadas tiendas en donde se vende toda clase de objetos: baratijas, telas de vistosos colores, ropa confeccionada para ambos sexos, etc. En las afueras del poblado se ofrece a su venta ganado bovino, porcino, caprino y ovino. La amplitud de los entrecruzamientos comerciales puede verse por la procedencia de los comerciantes: de los estados de Oaxaca, Guerrero, Puebla e incluso de lugares tan alejados como los estados de México y Morelos, que acuden a la antigua feria; asimismo de estos estados proceden los peregrinos que rinden adoración al Santo Jesús, pequeña y antigua escultura de madera que descansa en el altar mayor. La feria, institucionalizada por el Virrey Mendoza en el siglo XVI, recién pasó la Conquista española, es de antigüedad y reputación paralela a la del santo, y logra durante sus días, que el centro ceremonial y administrativo de Copala, no mayor de doscientos habitantes en tiempos normales, adquiera la importancia de una



ciudad como Tlaxiaco, encontrándose en sus improvisadas y efímeras tiendas los productos que suelen ofrecer los almacenes de la última.



Fuente: Huerta Ríos, César. *Organización Socio-Política de una Minoría Nacional. Los Triquis de Oaxaca*, México, Instituto Nacional Indigenista, 1981, pp. 13-14, 19-22, 32-34, 50-55.

